



Altar de la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz, con la urna que contiene el sagrado cuerpo del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer



Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Fundador del Opus Dei

VICEPOSTULACION DEL OPUS DEI EN COLOMBIA. Carrera 7 # 34-90, Apartado aéreo # 51231,

Santa Fe de Bogotá, D. C.

Ministerio de Gobierno, Resolución No. 854 de 1977.

AVISE CUALQUIER CAMBIO DE DIRECCION

Esta HOJA INFORMATIVA se publica con censura eclesiástica de la Congregación para las Causas de los Santos.

Permiso de tarifa postal
reducida No. 282 de ADPOSTAL

HOJA INFORMATIVA / NÚMERO EXTRAORDINARIO



UNA FIESTA PARA TODA LA IGLESIA

El día 17 de mayo, delante de unos 300.000 peregrinos —a los romanos les resultaba imposible recordar una muchedumbre igual en la Plaza de San Pedro— el Santo Padre Juan Pablo II presidió la solemne Misa de Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, y de Josefina Bakhita, religiosa canosiana.

Toda Beatificación es un acto que manifiesta con nueva luz el misterio de la Iglesia: misterio de santidad, de comunión del hombre —de cada hombre y de toda la humanidad— con Dios. Los cristianos se ven conducidos a confiar, con conciencia cada vez más honda, en la eficacia de la gracia divina. Y su esperanza abraza horizontes más amplios, al considerar que, en su infinita misericordia, el Señor eleva al hombre hasta alcanzar eternamente la dignidad a la que le ha llamado: participar, en Cristo, de la vida divina. La realidad del mal que opera en el mundo —la experiencia de nuestras flaquezas y limitaciones, el pecado, el dolor— no nos puede hacer renunciar a la meta que nos espera. El ejemplo de lo que Dios ha realizado en los bienaventurados y la confianza en su intercesión nos animan a reavivar nuestra fe y a hacer más decidida, más operativa, más perseverante, nuestra respuesta a la vocación cristiana.

Por eso, toda Beatificación es un verdadero acontecimiento eclesial. Esa realidad se ha hecho especialmente tangible el 17 de mayo. El Papa Juan Pablo II lo afirmaba, el día siguiente, en la audiencia a los peregrinos llegados a Roma para la elevación a los altares del Fundador del Opus Dei: «Os inunda la alegría por la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, porque confiáis en que su elevación a los altares, como acaba de decir el Prelado del Opus Dei, proporcionará un gran bien a la Iglesia. *Yo también comparto esa confianza*, pues estoy convencido, como escribí en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, de que “todo el pueblo de Dios, y los fieles laicos en particular pueden encontrar ahora nuevos modelos de santidad y nuevos testimonios de virtudes heroicas vividas en las condiciones comunes y ordinarias de la existencia humana” (n. 17). ¿Cómo no ver en el ejemplo, en las enseñanzas y en la obra del Beato Josemaría Escrivá un testimonio eminente de heroísmo cristiano en el ejercicio de las actividades humanas comunes?».

Se cuentan por millones, en el mundo, las personas que, gracias a la figura y al mensaje del Beato Josemaría, han llegado al dulce encuentro con Cristo, que ha transformado sus vidas. Ahora, con el corazón lleno de agradecimiento a Dios, todos sentimos el deber de ser cada día más fieles a su ejemplo y a sus enseñanzas. La Iglesia nos lo pide. Es lo que se desprende de las palabras del Papa, y también de lo que han afirmado todos los Cardenales y Obispos que han presidido las numerosas Misas de acción de gracias, concelebradas en diversas basílicas romanas en los días inmediatamente sucesivos a la Beatificación.

Cuando la Iglesia beatifica a uno de sus miembros, reafirma que la santidad no es una quimera, un ideal maravilloso pero inalcanzable, sino una meta accesible a todos. El Señor eligió y bendijo con innumerables dones al Beato Josemaría Escrivá precisamente para que proclamara esta verdad en el mundo contemporáneo. Su Beatificación

constituye, por tanto, un nuevo hito en la misión eclesial a la que el Señor le llamó, confiándole la fundación del Opus Dei. En la Misa del 17 de mayo, Juan Pablo II afirmó: «Con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por eso, *el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado* cuando se vive en unión con Jesucristo (...). La actualidad y transcendencia de este mensaje espiritual, profundamente enraizado en el Evangelio, son evidentes, como lo muestra también la fecundidad con la que Dios ha bendecido la vida y obra de Josemaría Escrivá».

Pocos días después, el 21 de mayo, el Prelado del Opus Dei subrayó estas palabras del Papa: «La elevación a los altares del Beato Josemaría representa como el inicio de una nueva expansión de la misión eclesial para la que el Señor lo eligió. La universalidad de la tarea a la que Dios le llamó —anunciar que todas las realidades terrenas son camino de santidad— ha sido subrayada de modo solemne y tangible. Su Beatificación es, para todos los cristianos, *una nueva llamada a la santidad*, un nuevo motivo de esperanza, un ejemplo de fidelidad y docilidad a Dios en el cumplimiento del trabajo cotidiano». Y añadió: «No hay duda: la Beatificación de nuestro Fundador marca también el inicio de una nueva etapa en la vida del Opus Dei, y debe marcarla en la vida de cada uno de sus miembros. Una etapa de un amor más profundo a Dios, de un empeño apostólico más constante, de un servicio más generoso a la Iglesia y a toda la humanidad. Una nueva etapa, en definitiva, de fidelidad más plena al espíritu de santificación en medio del mundo que nuestro Fundador nos ha dejado en herencia».

Este es el mensaje que late en estas páginas, donde se ofrece un cuadro, necesariamente sintético, de esos días inolvidables: el 17 de mayo, con la homilía y el saludo del Santo Padre, durante el “Regina Caeli”, a los fieles presentes en la Misa de Beatificación; el 18 de mayo, con la Santa Misa del Prelado del Opus Dei en la Plaza de San Pedro, y el discurso del Romano Pontífice en la audiencia a los peregrinos; algunos pasajes de las homilías pronunciadas por eminentes personalidades de la Curia romana, con ocasión de las más de 20 Misas de acción de gracias que, para distintos grupos lingüísticos, se celebraron en Roma el 19 y 20 de mayo; y las últimas concelebraciones, presididas el 21 de mayo por S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo y por el Vicario general del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, en la basílica de San Eugenio, antes del definitivo traslado del féretro del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer a la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz.

Al preparar esta publicación, no se ha pretendido sólo recordar, o documentar gráficamente un histórico acontecimiento eclesial. Este número de la *Hoja informativa* quiere ser, ante todo, un medio que nos ayude a renovar nuestro amor a la Iglesia y a pronunciar un sí más decidido —más confiado y más humilde— a la Voluntad de Dios, movidos por el ejemplo del Beato Josemaría y confiando en su intercesión ante la Santísima Trinidad.

Vista panorámica de la Plaza de San Pedro durante la Beatificación, punto de reunión de unos trescientos mil peregrinos.

BREVE APOSTOLICO

Beatificación del Venerable Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer,
Sacerdote, Fundador del Opus Dei

JUAN PABLO II

Para perpetua memoria. Enviada para ins-
taurar el reino de Cristo en todos los pueblos
(cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen
Gentium*, n. 5), la Iglesia es «sacramento univer-
sal de salvación, que manifiesta y al mismo
tiempo realiza el misterio del amor de Dios hacia
el hombre» (Conc. Vat. II, Const. past. *Gau-
dium et spes*, n. 45).

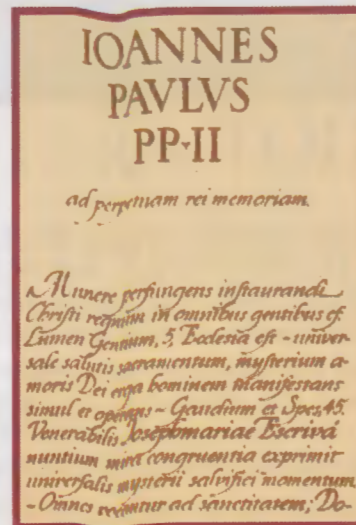
El mensaje del Venerable Josemaría Escrivá
refleja, con admirable coherencia, el alcance
universal del misterio salvífico: «A cada uno
llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóve-
nes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfer-
mos, cultos e ignorantes, trabajen donde traba-
jen, estén donde estén» (*Amigos de Dios*, n.
294). Al proclamar la radicalidad de la vocación
bautismal abrió nuevos horizontes para una cristianización más pro-
funda de la sociedad. En efecto, el Fundador del Opus Dei ha recor-
dado que la universalidad de la llamada a la plenitud de la unión con
Cristo comporta también que cualquier actividad humana pueda con-
vertirse en lugar de encuentro con Dios.

El trabajo adquiere así un papel central en la economía de la
santificación y del apostolado cristiano. La particular conexión entre
la gracia divina y el dinamismo natural del obrar humano confirma la
primacía de la vida sobrenatural de unión con Cristo, a la vez que la
traduce en un incisivo esfuerzo de animación del mundo por parte de
todos los fieles. En ese contexto, el Venerable Josemaría Escrivá ha
mostrado toda la potencia redentora de la fe, su energía transformadora
tanto de las personas como de las estructuras en las que se plasman
los ideales y las aspiraciones de los hombres.

El Fundador del Opus Dei percibió con claridad la ilimitada vir-
tualidad apostólica que se desprende de la vida común de los fieles,
mediante el empeño por santificar el trabajo y el conjunto de las acti-
vidades ordinarias. De ahí su insistencia en la necesidad de fundir en
armónica *unidad de vida* la oración, el trabajo y el apostolado: «hay
una única vida, hecha de carne y de espíritu, y esa es la que tiene que
ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios... Necesita nues-
tra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más
vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino
de Dios» (*Conversaciones*, n. 114).

El Venerable Josemaría Escrivá, nacido en Barbastro (España)
el 9 de enero de 1902, fue ordenado sacerdote el 28 de marzo de 1925
y el 2 de octubre de 1928 fundó en Madrid el Opus Dei; el 14 de
febrero de 1930 comprendió que debía extender su apostolado tam-
bién entre las mujeres. En el fiel cumplimiento de su tarea, llevó a
sacerdotes y laicos, hombres y mujeres de toda condición, a encontrar
en las ocupaciones cotidianas el ámbito de la propia responsabilidad
en la misión de la Iglesia, con plenitud de dedicación a Dios en
las circunstancias ordinarias de la vida secular. «¡Se han abierto los
caminos divinos de la tierra!», exclamaba (*Es Cristo que pasa*, n. 21):
no se limitó en la práctica a describir las perspectivas pastorales que
se abrían con ese empeño capilar de evangelización, sino que lo con-
figuró como realidad perteneciente a la naturaleza estable y orgánica
de la Iglesia.

Después de una intensa existencia gastada enteramente en el
cumplimiento heroico de ese servicio eclesial, marcado por la profun-
da experiencia del misterio de la Cruz, en estrechísima unión con la



Bienaventurada Virgen María, el Venerable Siervo de Dios entregó su alma a Dios el 26 de junio de 1975, en Roma. Fue un auténtico maestro de vida cristiana y supo alcanzar las cumbres de la contemplación con la oración continuada, la mortificación constante, el esfuerzo cotidiano de un trabajo cumplido con ejemplar docilidad a las mociones del Espíritu Santo, con el fin de «servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser ser-vida».

La notable fama de santidad, de que gozó en vida, se consolidó con extraordinario vigor después de su muerte. En 1981, el Vicario General de la diócesis de Roma, Card. Ugo Poletti, dio inicio a la Causa de Canonización del Siervo de Dios. Después de la celebración de dos Pro-
cesos Cognicionales sobre la vida y virtudes, uno en Roma y otro en Madrid, se procedió a la discusión sobre la heroicidad de las virtudes. El correspondiente decreto fue emanado el 9 de abril de 1990.

Entre los numerosos prodigios atribuidos al Siervo de Dios, fue elegida la curación milagrosa de una religiosa, sucedida en 1976 y sobre la cual se instruyó un Proceso Cognicional en 1982. Sometido el caso a los exámenes de rigor, el 6 de julio de 1991 fue promulgado el decreto *super miro*.

Llegamos así a establecer que el rito de la Beatificación tuviera lugar el 17 de mayo de 1992.

Hoy, pues, en Roma, en la Plaza de San Pedro, en el curso de la solemne celebración litúrgica, hemos pronunciado la siguiente fórmula:

Nos, acogiendo el deseo de nuestros hermanos Camillo Ruini, Nuestro Vicario para la ciudad de Roma, y Pietro Giacomo Nonis, Obispo de Vicenza, así como de otros muchos Hermanos en el Episcopado, y de numerosos fieles, después de haber escuchado el parecer de la Congregación para las Causas de los Santos, con Nuestra Autoridad Apostólica declaramos que los Venerables Siervos de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei, y Josefina Bakhita, virgen, Hija de la Caridad, Canosiana, de ahora en adelante pueden ser llamados Beatos, y se podrá celebrar su fiesta, en los lugares y en el modo establecidos por el derecho, cada año, en el día de su nacimiento al cielo: el 26 de junio para Josemaría Escrivá de Balaguer, y el 8 de febrero para Josefina Bakhita.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todo cuanto hemos decretado por la presente carta, queremos que sea estable ahora y en el futuro, no obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en Roma, junto a San Pedro, y sellado con el anillo del Pescador, el 17 de mayo de 1992, año decimocuarto de Nuestro Pontificado.

Angelo card. Sodano
Secretario de Estado

L.S.

Archivo de la Secr. de Estado, n. 304.722

17 de Mayo



BEATIFICACIÓN DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Centenares de millares de peregrinos llenaban la Plaza de San Pedro y las calles vecinas en la mañana del 17 de mayo. La universalidad de la Iglesia era bien tangible en las personas de todas las razas, edades y condiciones sociales, que habían llegado a Roma con este motivo.

Decenas de millones de espectadores, en unos 30 países, siguieron la transmisión televisada en directo de la Misa de Beatificación. Los medios de comunicación de todo el mundo movilizaron a sus correspondientes, para hacerse eco de esa manifestación evidente de la perenne vitalidad de la Iglesia.

En la devoción que se palpaba en los rostros conmovidos y alegres de los presentes, en el recogimiento que reinaba en esa muchedumbre inmensa, el misterio de la unidad de la Iglesia —Pueblo de Dios, constituido por la única fe— se hacía otra vez patente ante el mundo. De tantos corazones, con sus historias personales de luchas y derrotas, de cruces y esperanzas, se levantaba al Cielo la misma oración: con miles de matices distintos, de agradecimiento y de súplica, pero una sola plegaria de alabanza a Dios.

En el momento en el que el Santo Padre Juan Pablo II proclamó beatos a Josemaría Escrivá y a Josefina Bakhita, en la fachada de la Basílica de San Pedro se descubrió el estandarte con sus retratos: la sonrisa del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, su mirada amabilísima, pareció fijarse en cada uno de los presentes. El aplauso que resonó en la Plaza, acompañado el canto del *Christus vincit*, manifestaba, de manera inolvidable, la alegría de la Iglesia por el triunfo de Cristo en sus Bienaventurados, y la esperanza de alcanzar con ellos, a través del peregrinar terreno, «la corona de gloria que no se marchita» (1). Desde los altares, el Beato Josemaría Escrivá nos recuerda, con más fuerza que nunca, que para todos se han abierto los caminos divinos de la tierra.

(1) Prefacio de los Santos, I

El Santo Padre, durante la homilía del 17 de mayo de 1992.

Retrato del Beato Josemaría Escrivá, expuesto en la fachada de la Basílica de San Pedro, el 17 de mayo –desde la Beatificación– y el 18 de mayo.



HOMILIA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

1. «Es necesario pasar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hch 14, 22).

A los dos discípulos que iban por el camino a Emaús Jesús les dice: «¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?» (Lc 24, 26).

En la primera lectura hemos visto a los apóstoles Pablo y Bernabé «confirmando las almas de los discípulos, exhortándoles a permanecer en la fe» (cf. Hch 14, 22). Ellos anuncian la misma verdad de que había hablado Cristo en el camino a Emaús; una verdad que su vida y su muerte habían confirmado: «Es necesario pasar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios».

Por muchas generaciones a lo largo de los siglos, los discípulos de Cristo, crucificado y resucitado, abrazan el mismo camino que el Señor les había indicado.

«Os he dado ejemplo» (Jn 13,15).

2. Hoy se nos ofrece la ocasión de fijar una vez más nuestra mirada en esta vía de salvación: el camino hacia la santidad, y

reflexionar sobre las figuras de dos personas que, de ahora en adelante, llamaremos beatas: Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei, y Josefina Bakhita, Hija de la Caridad, canosiana.

La Iglesia desea servir y profesar la verdad completa sobre Cristo; ella quiere ser dispensadora del misterio completo de su Redentor. Si la vía hacia el Reino de Dios pasa por muchas tribulaciones, entonces, al final del camino se encontrará también la participación en la gloria: la gloria que Cristo nos ha revelado en su Resurrección.

La medida de dicha gloria nos viene dada por la nueva Jerusalén, anunciada por las palabras inspiradas del Apocalipsis de San Juan: «Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos» (Ap 21, 3).

«Ahora hago el universo nuevo» (Ap 21, 5), dice el Señor glorioso. El camino hacia la «novedad» definitiva de todo lo creado pasa obligatoriamente –aquí en la tierra– por el mandamiento nuevo: «que os améis unos a otros como yo os he amado»



(Jn 13, 34). Este mandamiento nuevo ocupó el centro de la vida de dos hijos ejemplares de la Iglesia, que hoy, en la alegría pascual, son proclamados beatos.

3. Josemaría Escrivá de Balaguer, nacido en el seno de una familia profundamente cristiana, ya en la adolescencia percibió la llamada de Dios a una vida de mayor entrega. Pocos años después de ser ordenado sacerdote dio inicio a la misión fundacional a la que dedicaría 47 años de amorosa e infatigable solicitud en favor de los sacerdotes y laicos de lo que hoy es la Prelatura del Opus Dei.

La vida espiritual y apostólica del nuevo beato estuvo fundamentada en saberse, por la fe, hijo de Dios en Cristo. De esta fe se alimentaba su amor al Señor, su ímpetu evangelizador, su alegría constante, incluso en las grandes pruebas y dificultades que hubo de superar. «Tener la cruz es encontrar la felicidad, la alegría –nos dice en una de sus meditaciones–; tener la cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de Dios».

Con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la lla-

mada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por eso, el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado cuando se vive en unión con Jesucristo, pues el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha unido en cierto modo a toda la realidad del hombre y a toda la creación (cf. *Dominum et Vivificantem*, 50). En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo Beato nos recuerda que estas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para gloria del Creador y al servicio de los hermanos, pueden ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo. «Todas las cosas de la tierra –enseñaba– también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios» (Carta 19-III-1954).

«Bendeciré tu nombre por siempre jamás, Dios mío, mi rey». Esta aclamación que hemos hecho en el Salmo responsorial es como el compendio de la vida espiritual del Beato Josemaría. Su gran amor a Cristo, por quien se siente fascinado, le lleva a

Su Santidad Juan Pablo II durante la incensación de las reliquias del Beato Josemaría y de la Beata Giuseppina Bakhita.

La vida espiritual y apostólica del nuevo beato estuvo fundamentada en saberse, por la fe, hijo de Dios en Cristo.

Con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado.

consagrarse para siempre a El y a participar en el misterio de su pasión y resurrección. Al mismo tiempo, su amor filial a la Virgen María le inclina a imitar sus virtudes. «Bendeciré tu nombre por siempre jamás»: he aquí el himno que brotaba espontáneamente de su alma y que le impulsaba a ofrecer a Dios todo lo suyo y cuanto le rodeaba. En efecto, su vida se reviste de humanismo cristiano con el sello inconfundible de la bondad, la mansedumbre de corazón, el sufrimiento escondido con el que Dios purifica y santifica a sus elegidos.

4. La actualidad y transcendencia de este mensaje espiritual, profundamente enraizado en el Evangelio, son evidentes, como lo muestra también la fecundidad con la que Dios ha bendecido la vida y obra de Josemaría Escrivá. Su tierra natal, España, se honra con este hijo suyo, sacerdote ejemplar, que supo abrir nuevos horizontes apostólicos a la acción misionera y evangelizadora. Que esta gozosa celebración sea ocasión propicia que aliente a todos los miembros de la Prelatura del Opus Dei a una mayor entrega, en su respuesta a la llamada a la santificación y a una más generosa participación en la vida eclesial, siendo siempre *testigos de los genuinos valores evangélicos*, lo cual se traduzca en un ilusionado dinamismo apostólico, con particular atención hacia los más pobres y necesitados.

5. En la Beata Josefina Bakhita encontramos también un testimonio eminente del amor paternal de Dios y *un signo esplendoroso de la perenne actualidad de las bienaventuranzas*. Nacida en el Sudán, en 1869, raptada por negreros cuando aún era niña y vendida varias veces en los mercados africanos, conoció las atrocidades de

Card. Eduardo Martínez Somalo

Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y para las Sociedades de Vida Apostólica
(Basílica de San Pablo "extra muros", 19-V-1992)

¡Cómo no alabar a nuestro Dios y agradecerle el don que acaba de dispensarnos! Un don para toda la Iglesia -como nos ha dicho Juan Pablo II-, para toda la Iglesia, que ha engalanado su deslumbrante vestido con la vida del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Un don que agradecemos de modo particular quienes tuvimos la dicha de conocerlo personalmente en esta tierra, quienes -de un modo u otro- hemos percibido en nuestra propia existencia el impulso de su alma límpida y generosa.

una esclavitud que dejó en su cuerpo señales profundas de la crueldad humana. A pesar de estas experiencias de dolor, su inocencia permaneció íntegra, llena de esperanza. «Siendo esclava nunca me he desesperado -decía- porque en mi interior sentía una fuerza misteriosa que me sostenía». El nombre Bakhita -como la habían llamado sus secuestradores- significa Afortunada, y así fue efectivamente, gracias al Dios de todo consuelo, que la llevaba siempre como de la mano y caminaba junto a ella.

Llegada a Venecia por los caminos misteriosos de la divina Providencia, Bakhita se abrió muy pronto a la gracia. El bautismo y, después de algunos años, la profesión religiosa entre las Hermanas Canosianas, que la habían acogido e instruido, fueron *la consecuencia lógica del descubrimiento del tesoro evangélico*, para lo cual sacrificó todo, incluso el regreso ya siendo libre, a su tierra natal. Como Magdalena de Canosa, ella también quería vivir sólo para Dios, y con constancia heroica emprendió humilde y confiadamente el camino de la fidelidad al amor más grande. Su fe era firme, transparente, fervorosa. «Sabéis qué gran alegría da conocer a Dios», solía repetir.

6. La nueva Beata transcurrió 51 años de vida religiosa canosiana dejándose guiar por la obediencia en un compromiso cotidiano, humilde y escondido, pero rico de genuina caridad y de oración. Los habitantes de Schio, donde residió casi todo el tiempo, muy pronto descubrieron en su «Madre Morenita» -así la llamaban- una humanidad rica en el dar, una fuerza interior no común que arrastraba. Su vida se consumó en una incesante oración con intención misionera, en una fidelidad humilde y heroica por su caridad, que le consintió vivir la libertad de los hijos de Dios y promoverla a su alrededor.

En nuestro tiempo, en que el recurso desenfrenado al poder, al dinero y al placer causa tanta desconfianza, violencia y soledad, el Señor nos presenta a Sor Bakhita como hermana universal, para que nos revele el secreto de la felicidad más auténtica: las Bienaventuranzas.

El suyo es *un mensaje de bondad heroica* a imagen de la bondad del Padre celestial. Ella nos ha dejado *un testimonio de reconciliación y de perdón evangélico*, que llevará ciertamente consuelo a los cris-

tianos de su patria, Sudán, tan duramente probados por un conflicto que dura desde hace muchos años y que ha provocado tantas víctimas. Su fidelidad y su esperanza son motivo de orgullo y de acción de gracias para toda la Iglesia. En este momento de grandes tribulaciones, Sor Bakhita les precede por el camino de la imitación de Cristo, de la intensificación de la vida cristiana y de la adhesión inquebrantable a la Iglesia. Al mismo tiempo, deseo una vez más dirigir una cálida exhortación a los responsables de la situación del Sudán, a fin de que lleven a término los ideales afirmados de paz y concordia; a fin de que el respeto de los derechos fundamentales del hombre -y en primer lugar el derecho a la libertad religiosa- sea garantizado para todos, sin discriminaciones étnicas o religiosas.

Preocupa enormemente la situación de cientos de miles de prófugos de las regiones meridionales, forzados por la guerra a abandonar casa y trabajo; recientemente han sido obligados a dejar también los campos donde habían encontrado una cierta forma de asistencia y han sido deportados a lugares desérticos e incluso se ha impedido el paso libre a los convoyes de ayudas de los organismos internacionales. Su situación es trágica y no puede dejarnos insensibles.

Exhorto vivamente a los organismos internacionales de asistencia que sigan enviando su ayuda benévola, necesaria y urgente.

Al saludar a la delegación de la Iglesia del Sudán presente en esta celebración, dirijo mi afectuoso recuerdo, junto con mi plegaria, a toda la Iglesia de aquel país: a los Obispos, al Clero diocesano y misionero, a los laicos comprometidos en la pastoral, y también a los catequistas, colaboradores generosos y necesarios para la propagación de la Verdad, de la Palabra y del Amor de Dios. Las poblaciones del Sudán siempre están presentes en mi corazón y en mis plegarias: las encomiendo a la intercesión de la nueva Beata Josefina Bakhita.

7. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 34-35). Con estas palabras de Jesús concluye el Evangelio de la Misa de hoy. En esta frase evangélica encontramos *la síntesis de toda santidad*; la santi-



dad que han alcanzado, por caminos diversos pero convergentes en la misma y única meta, Josemaría Escrivá de Balaguer y Josefina Bakhita. Ellos han amado a Dios con toda la fuerza de su corazón y han dado prueba de una caridad que han llevado hasta el heroísmo mediante las obras de servicio a los hombres sus hermanos. Por eso la Iglesia los eleva hoy al honor de los altares y los presenta como ejemplos en la imitación de Cristo, que nos ha amado y se ha dado a sí mismo por cada uno de nosotros (cf. Gal 2, 20).

8. «Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él» (Jn 13, 31): *el misterio pascual de la gloria*.

Por medio del Hijo del hombre esta gloria se extiende a todo lo visible y lo invisible: «Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado» (Sal 144, 10-11). Dice el Hijo del hombre: «¿No era necesario que... soportase estos sufrimientos para entrar en su gloria?». Estos son los que de generación en generación han seguido a Cristo: «A través de muchas tribulaciones, ellos han entrado en el reino de Dios».

«Tu reinado es un reinado perpetuo»

El Santo Padre Juan Pablo II y el Obispo Prelado del Opus Dei, S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo, el 17 de mayo de 1992, después de la ceremonia de Beatificación.



PALABRAS DEL SANTO PADRE EN EL "REGINA CAELI"

La alegría de la Iglesia

El Santo Padre saluda a los enfermos que asistieron al pie del altar a la ceremonia de Beatificación.

Queridos hermanos y hermanas:

Ha llegado el momento de rezar la hermosa antífona del *Regina caeli*, que expresa de forma magnífica la alegría de la Madre del Señor por la Resurrección de su Hijo y, con ella y en ella, la alegría de la Iglesia y de todos nosotros.

Hoy, de modo especial, la Iglesia se alegra con María al ver elevados al honor de los altares al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y a la Beata Josefina Bakhita.

La Iglesia se alegra por ambos, por el hecho de que se han encontrado hoy, para esta Beatificación, en la Plaza de San Pedro. Es un encuentro muy significativo para nosotros y para todo el mundo.

Este hermano nuestro y esta hermana nuestra en Cristo alimentaron constantemente su vida espiritual con una fervorosa y auténtica devoción a la Madre de Dios.

También en los últimos momentos de su vida terrena, Monseñor Escrivá dirigió una intensa mirada al cuadro de la Virgen de Guadalupe, que tenía en su habitación,

para encomendarse a su intercesión maternal y pedirle que lo acompañara hacia el encuentro con Dios. De la misma forma, las últimas palabras de Sor Bakhita fueron una invocación estática a la Virgen: «¡La Virgen! ¡La Virgen!», exclamó, mientras la sonrisa le iluminaba el rostro. Por eso, su encuentro hoy para esta Beatificación en la Plaza de San Pedro es tan significativo para la Iglesia.

También nosotros, a la luz de su ejemplo, estamos invitados a mirar e invocar a María, sobre todo en este mes consagrado a ella, en especial rezando el Santo Rosario. En esta oración, la Virgen guía nuestra meditación hacia los principales misterios de la Redención. Así, pues, la fe de María ha de ser también la nuestra; y su alegría debe ser igualmente la nuestra.

Y como ella es «*causa nostrae laetitiae*», esforcémonos por ser también nosotros la alegría de María, a fin de alcanzar, con ella, la Reina del Cielo, la Patria bienaventurada.

En los últimos momentos de su vida terrena, Monseñor Escrivá dirigió una intensa mirada al cuadro de la Virgen de Guadalupe



MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Después de toda beatificación, la Iglesia se reúne en oración de agradecimiento a Dios, por las maravillas que ha obrado en la vida de sus santos. Es tradición que, en los días siguientes, se celebren Misas de acción de gracias y el Santo Padre conceda una audiencia a los peregrinos.

En esta ocasión, los fieles llegados a Roma para asistir a la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer alcanzaban un número tan elevado que era absolutamente imposible que cupieran, para la primera Misa de acción de gracias, en Honor del nuevo Beato, en una iglesia o basílica de Roma. Otro tanto ocurría con la audiencia del Santo Padre: la capacidad del Aula Pablo VI se veía a todas luces insuficiente. Ante estas circunstancias, se pensó en organizar ambas reuniones en el Estadio Olímpico, y se manifestó este proyecto a la Santa Sede, para su aprobación. Días más tarde, desde el Vaticano comunicaron que, como solución absolutamente extraordinaria, el Prelado del Opus Dei podría utilizar, el lunes 18, el altar papal que se prepararía para las dos beatificaciones del día 17 en la plaza de San Pedro, al tiempo que rogaban que el domingo por la tarde se colaborase en ordenar las sillas utilizadas esa mañana en la Beatificación de Josemaría Escrivá y Josefina Bakhita. De acuerdo con este plan, S.E. Mons. Alvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, concelebró con el Vicario General y los Vicarios de las diversas circunscripciones de la Prelatura, antes de la audiencia con el Papa.

Se recogen a continuación, por orden cronológico, la homilía pronunciada por el Prelado del Opus Dei, su saludo al Santo Padre y el discurso del Papa a los peregrinos.

S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo durante la presentación de las ofrendas en la Misa de acción de gracias celebrada en la Plaza de San Pedro el 18 de mayo de 1992.

HOMILIA DEL PRELADO DEL OPUS DEI EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

**¡Cuántas veces le oí
exclamar, sobre
todo en los últimos
años de su vida:
vultum tuum,
Domine, requiram!,
deseo contemplar
tu rostro, Señor!**

1. Con inmensa alegría, hemos asistido ayer a la beatificación del Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer, y a la de la Madre Giuseppina Bakhita, religiosa hija de la Caridad, canosiana. Hoy, gracias a la benevolencia del Santo Padre Juan Pablo II, tengo la alegría de presidir esta solemne concelebración en acción de gracias a la Santísima Trinidad y en honor del Beato Josemaría.

Las palabras de la Sagrada Escritura, que acabamos de escuchar en la primera lectura, nos hablan de una inmensa multitud de santos que exclaman en el Cielo: ¡alelu-ya! ¡La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios!¹. Es el grito de alabanza que brota también de nuestras almas en comunión con la Iglesia celestial; una unión verdaderamente íntima, porque la vida sobrenatural, que los bienaventurados han alcanzado definitivamente, es también vida nuestra. Dios nos ha llamado a ser conformes a la imagen de su Hijo², y ha enviado el Espíritu Santo a nuestros corazones para transformarnos en otro Cristo, el mismo Cristo, como al Beato Josemaría le gustaba decir³.

Ahora somos hijos de Dios —escribe San Juan—, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando El se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es⁴. El sentido de nuestra filiación divina en Cristo, que informó toda la vida y la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, suscitaba en su alma un ardiente deseo de contemplar a Dios. ¡Cuántas veces le oí exclamar, sobre todo en los últimos años de su vida: vultum tuum, Domine, requiram!⁵,

Card. Ugo Poletti

Arcipreste de la Patriarcal Basílica Liberiana
de Santa María la Mayor

(Homilía leída por S.E.R. Mons. Juan Larrea, Arzobispo de Guayaquil, Basílica de Santa María la Mayor, 20-V-1992)

La devoción a Nuestra Madre estaba radicada en el espíritu del Beato Josemaría con tal profundidad teológica y afecto filial, que ser cristiano —hijo de Dios en Cristo— supone, en su vida y en sus enseñanzas, ser mariano, hijo de María. Por tanto, podemos afirmar, sin miedo a exagerar, que la riqueza de su piedad mariana es ya un tesoro para toda la Iglesia.

deseo contemplar tu rostro, Señor! Este anhelo le empujaba a mantener un trato constante con Dios en todas las circunstancias: en el trabajo y en el descanso; en la soledad de la oración y en la conversación sacerdotal con las almas; en la alegría y en el dolor, que se convertía siempre en gozo porque en los sufrimientos sabía ver la Cruz de Cristo. El amor a la Cruz le permitió comprender hasta el fondo las palabras inspiradas del Apóstol San Pablo: todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios⁶. Ante cualquier contrariedad, su reacción era siempre: omnia in bonum!: ¡todo es para bien!

2. Pocas semanas antes de que el Señor lo llamase a gozar definitivamente de su presencia, nos decía: hemos de estar (...) en el Cielo y en la tierra, siempre. No «entre» el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. En el mundo y en el Paraíso a la vez (...), endiosados, pero sabiendo que somos del mundo⁷. Por este camino de contemplación vivida en el ámbito de las ocupaciones terrenas, el Espíritu Santo condujo al Beato Josemaría hasta las más altas cumbres de la vida mística, a la unión con la Trinidad divina. El diálogo filial con Dios se hacía entonces tan íntimo, que —como él mismo explicaba— sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas.

No me refiero —añadía— a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría⁸.

(1) Ap 19, 1 (Primera lectura).

(2) Rm 8, 29 (Segunda lectura).

(3) Cfr J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 104.

(4) I Jn 3, 2.

(5) Cfr Sal 27 [26], 8.

(6) Rom 8, 28 (Segunda lectura).

(7) J. Escrivá de Balaguer, *Meditación Consumados en la unidad*, 27-III-1975.

(8) J. Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, n. 307.

Mi corazón rebosa de emoción al testimoniar hoy, aquí, con profunda gratitud a Nuestro Señor, que durante cuarenta años, un día después de otro, he presenciado la vida santa del Beato Josemaría, su amor a Dios y a todas las almas, su heroica correspondencia a la gracia de Cristo, que Dios concede copiosamente a quienes son humildes⁹. He sido testigo de cómo llevó a la práctica, con abnegación heroica, el programa de Juan el Bautista: es necesario que El crezca y que yo disminuya¹⁰, hasta alcanzar la cumbre que permite al alma exclamar con San Pablo: para mí, el vivir es Cristo¹¹; vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí¹².

Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo —enseña el Concilio Vaticano II— nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cfr. Hebr 13, 14 y 11, 10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo¹³. La santidad alcanzada por el Beato Josemaría no representa un ideal imposible; es un ejemplo que no se propone sólo a algunas almas elegidas, sino a innumerables cristianos, llamados por Dios a santificarse en el mundo: en el ámbito del trabajo profesional, de la vida familiar y social. Es un ejemplo clarificador que muestra cómo las ocupaciones cotidianas no son un obstáculo para el desarrollo de la vida espiritual, sino que pueden y deben transformarse en oración; él mismo anota por escrito en sus apuntes personales, con cierta sorpresa, que vibraba de Amor a Dios precisamente por la calle, entre el ruido de los automóviles, de los medios públicos, de la gente; incluso leyendo el periódico¹⁴. Se trata de un ejemplo particularmente cercano, porque el Beato Josemaría ha vivido entre nosotros: muchos de los aquí presentes le habéis conocido personalmente. El participó con intensidad en las angustias de nuestra época, y precisamente en las actividades diarias, mediante el cumplimiento fiel de los deberes cotidianos en el Espíritu de Cristo¹⁵, ha alcanzado la santidad.

3. Acabamos de escuchar, en el Evangelio de la Misa, las palabras que concluyen el relato de la pesca milagrosa: los Apóstoles, dejándolo todo, siguieron a Jesús¹⁶. La enseñanza es clara: para seguir a Cristo es preciso dejar todas las cosas. El Beato Josemaría respondió sin titubeos a esta exigencia, y enseñó que es posible cumplirla plenamente en medio del mundo.



¡Sí!, es posible ser del mundo sin ser mundanos; es posible permanecer en el lugar de cada uno y, al mismo tiempo, seguir a Cristo y permanecer en El. Es posible vivir en el cielo y en la tierra, ser contemplativos en medio del mundo, transformando las circunstancias de la vida ordinaria en ocasión de encuentro con Dios; en medio para llevar otras almas al Señor e informar desde dentro la sociedad humana con el espíritu de Cristo, ofreciendo a Dios Padre todas nuestras obras en unión con el Sacrificio de la Cruz que se renueva sacramentalmente en la Eucaristía¹⁷.

Este mensaje de santificación en, desde y a través de las realidades humanas, es providencialmente actual en la situación de nuestro tiempo¹⁸, que necesita urgente-

(9) Cfr I Pe 5, 5; Jac 4, 6.

(10) Jn 3, 30.

(11) Fil 1, 21.

(12) Gal 2, 20.

(13) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 50.

(14) J. Escrivá de Balaguer, 26-III-1932, en *Apuntes íntimos*, n. 673.

(15) Cfr *Oración colecta para la Misa en honor del Beato Josemaría Escrivá* (Congr. De Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, Prot. CD 537/92).

(16) Luc 5, 11 (*Evangelio de la Misa*).

(17) Cfr *Oración sobre las ofrendas para la Misa en honor del Beato Josemaría Escrivá* (cfr. Congr. De Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, Prot. CD 537/92).

(18) Congregación para las Causas de los Santos, *Decreto sobre las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*, 9-IV-1990 (AAS, LXXXII, n. 12, pp. 1450-1455).

Panorámica de la Plaza de San Pedro el 18 de mayo de 1992, durante la Solemne Misa de acción de gracias por la Beatificación del Fundador del Opus Dei, presidida por S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo.

El Beato Josemaría quiso siempre vivir para la gloria de Dios, y encaminar a ese fin todas las realidades terrenas.

mente encauzar el desarrollo científico y técnico no a la simple e infrahumana *cultura del bienestar material*, sino hacia una cultura –podríamos decir– del *bienestar integral*: de todo el hombre y de todos los hombres, para edificar el Reino de Cristo en la tierra: un *reino de justicia, de amor y de paz*¹⁹. Este reino, del que es portadora la Iglesia, comienza en el corazón del hombre, y se propaga desde ahí a la vida familiar, profesional y social. Con palabras del Santo Padre Juan Pablo II, en su primera encíclica, este mundo nuestro *de las conquistas científicas y técnicas (...) es al mismo tiempo el mundo que «gime y sufre»* (Rom 8, 22) y *«espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios»* (Rom 8, 19)²⁰. No cabe duda: **estas crisis mundiales son crisis de santos. –Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. –Después... “pax Christi in regno Christi” –la paz de Cristo en el reino de Cristo**²¹.

4. Desde muy joven, el Beato Josemaría comprendió, con luces divinas, que la Creación, la Redención y la Santificación del mundo, constituyen el entramado de un único proyecto eterno de la Santísima Trinidad, que ha ordenado todas las cosas a la gloria del Padre, y las conduce a ese fin por medio del Hijo, con la fuerza del Espíritu Santo. Ya en los años treinta, condensaba así, en breves trazos, el programa de su vida y la razón de ser del Opus Dei: **Hemos de dar a Dios toda la gloria. El lo quiere: *gloriam meam alteri non dabo, mi gloria no la daré a otro* (Isai XLII, 8). Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que *per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria*: por El, y con El, y en El, es para**

Card. Johannes Willebrands

Presidente Emérito del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (Basílica de San Clemente, 19-V-1992)

Para toda la Iglesia la persona del Fundador del Opus Dei tiene un significado especial. Mons. Escrivá nos ha enseñado, en el camino de nuestra vida, el Camino que es Jesucristo. Nos ha mostrado ese camino en nuestra época, lo ha descrito y recorrido con entusiasmo humano y vigor espiritual. La descripción que nos hace el Apóstol San Pablo de sus contrariedades, de sus alegrías y de su vida con Dios por Cristo Jesús, con la fuerza e inspiración del Espíritu Santo, encuentra una forma y una realidad propia en Josemaría.

ti Dios Padre Omnipotente en unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria. Y exigencia de su gloria y de su reinado es que todos, con Pedro, vayan a Jesús por María²².

El Beato Josemaría quiso siempre vivir para la gloria de Dios, y encaminar a ese fin todas las realidades terrenas. Por eso, buscó con toda su alma la unión con Cristo a través de María, y la alcanzó porque amó con todo su corazón y sirvió con toda su vida a la Iglesia y al Papa. No puedo menos que recordar la primera vez que vino a Roma, y su emoción al divisar la cúpula de San Pedro y rezar el Credo. Aquella noche la transcurrió entera en vela de oración, con la mirada puesta en las ventanas de las habitaciones del Santo Padre, que se divisaban a poca distancia, desde la terraza de la casa donde nos alojábamos, en la cercana Piazza della Città Leonina. Ese espíritu de oración perseverante y penitente, ese amor a la Iglesia y al Romano Pontífice, es el que ha inculcado en multitud de almas y del que hoy, aquí, queremos ser una singular manifestación.

Invocamos, con emoción y agradecimiento, la intercesión del Beato Josemaría, para llegar también nosotros a la santidad por el camino seguro, que es Nuestra Madre la Virgen. El Papa Pablo VI proclamó a Santa María *Mater Ecclesiae*, Madre de la Iglesia²³, y el Santo Padre Juan Pablo II ha querido iluminar con su imagen esta maravillosa Plaza de San Pedro, que abre sus brazos a toda la humanidad. A través de su mediación materna recibimos la gracia del Espíritu Santo que nos hace miembros de Cristo en la Iglesia.

Cristo, María, el Papa: tres nombres íntimamente unidos en el corazón del Beato Josemaría, que quiso resumir su afán apostólico en aquella aspiración tantas veces repetida, que también nosotros hacemos, ahora, una vez más nuestra: ***Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!***, ¡todos, con Pedro –con el Papa y en la Iglesia–, a Jesús por María! Así sea.

(19) Misal Romano, *Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey universal. Prefacio*.

(20) Juan Pablo II, Litt. enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 8.

(21) J. Escrivá de Balaguer, *Camino*, n. 301.

(22) J. Escrivá de Balaguer, *Instrucción*, 19-III-1934, nn. 36-37.

(23) Pablo VI, *Discurso de clausura de la III sesión del Concilio Vaticano II*, 21-XI-1964: AAS 56 (1964) 1015.



AUDIENCIA A LOS PEREGRINOS SALUDO DEL PRELADO DEL OPUS DEI AL SANTO PADRE

Beatísimo Padre,

Una profunda alegría me embarga al tomar la palabra y dirigirme a Vuestra Santidad. Lo hago en nombre de los millares de fieles, sacerdotes y laicos, de la Prelatura del Opus Dei, de los Cooperadores y amigos de la Obra, que se han reunido en Roma desde los cinco Continentes para asistir a la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei. Sé que también represento a todos aquellos, aún más numerosos, que, no habiendo podido desplazarse a la Ciudad Eterna, se hallan sin embargo espiritualmente presentes aquí, en la Plaza de San Pedro, uniéndose a nosotros en la adhesión fiel y en el afecto filial al Romano Pontífice.

Permitid, Santo Padre, que en nombre de todos ellos, y haciéndome intérprete también del sentir de las innumerables personas que recurren a la intercesión del Beato Josemaría Escrivá, os agradezca la solemne ceremonia de Beatificación que Vuestra Santidad ha presidido en este mismo lugar.

La creciente difusión de la devoción privada al Fundador del Opus Dei ha sido definida, en el Decreto sobre sus virtudes heroicas, como *“un verdadero fenómeno de piedad popular”*. De ahora en adelante, después de su elevación a la gloria de los altares, aumentará aún más el número de quie-

nes recibirán una eficaz ayuda espiritual a través del culto público, el ejemplo y las enseñanzas del Beato Josemaría. El motivo principal de nuestra alegría y de nuestra gratitud a Dios y a Vuestra Santidad por la Beatificación de nuestro amadísimo Fundador radica justamente en el bien que traerá no sólo al Opus Dei, sino a toda la Iglesia. Este sentimiento es directa consecuencia de cuanto hemos aprendido y escuchado constantemente de labios del Beato Josemaría, que solía repetir: **la única ambición, el**

S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, dirigió un saludo al Santo Padre al inicio de la audiencia del 18 de mayo de 1992.

Card. Sebastiano Baggio

Camarlengo de la Santa Iglesia Romana (Basílica de Santa María “in Vallicella”, 20-V-1992)

El Beato Josemaría Escrivá realizó su labor fundacional con una total rectitud de intención. Sólo le interesaba la gloria de Dios, y esto explica su profundo amor a la libertad, rasgo típico de su vida y de su predicación (...).

Para el Beato Josemaría Escrivá, la unidad con la Iglesia no es algo exterior sino constitutivo de todo auténtico apostolado. Vienen a la mente nuevos motivos de agradecimiento a Dios por esa unidad de apostolado que, siguiendo el camino trazado por el Beato Josemaría Escrivá, el Opus Dei ha vivido con tanta intensidad desde el principio. Unidad que ha encontrado adecuada expresión institucional con la erección del Opus Dei en Prelatura personal, y que la ordenación episcopal del Prelado ha contribuido a mostrarla como enraizada en la misma fuente de la unidad apostólica: el Colegio Episcopal que –*cum Petro et sub Petro*– sucede al Colegio Apostólico.



El Santo Padre abraza a S.E.R. Alvaro del Portillo, antes de comenzar la audiencia de 18 de mayo de 1992.

único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida¹.

Este servicio, como cualquier servicio verdaderamente eclesial, exige la comunión con los Pastores que el Espíritu Santo (...) ha puesto como obispos para apacientar la Iglesia de Dios, que Él ha adquirido con su sangre², y de modo particular con el Sucesor de Pedro, principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia³. El Beato Josemaría Escrivá nos impulsó a considerar siempre la unión con el Romano Pontífice en su profundo contenido teológico y, al mismo tiempo, a vivirla como una amabilísima exigencia de unión efectiva y afectiva. Interpretando los sentimientos de todos aquéllos a quienes hoy represento, puedo dirigirme al Señor haciendo mía, una vez más, la exclamación del Beato Josemaría: **Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón**⁴.

El Beato Josemaría Escrivá nos impulsó a considerar siempre la unión con el Romano Pontífice en su profundo contenido teológico



S.E.R. Card. Angelo Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad
(Roma, Basílica de San Pablo "extra muros", 20-V-1992)

Es Pedro el que guía la nave para la pesca milagrosa. Así ayer y así hoy. El Sucesor de Pedro es quien dirige la nave de la Iglesia a través de los mares de la historia humana; es el Papa quien recibe del Espíritu el sostén en su ministerio de confirmar a los hermanos en la fe (cfr Lc 22, 32). Este sentimiento de adhesión al Romano Pontífice estuvo profundamente enraizado en la vida del Beato Josemaría (...). La Beatificación de Monseñor Escrivá, queridos hermanos y hermanas, es un momento propicio que Dios nos ofrece para que reafirmemos nuestra entrega generosa al anuncio y al testimonio apostólico (...).

Beatísimo Padre: en este día en el que, por una gratísima coincidencia, festejamos el septuagésimo segundo cumpleaños de Vuestra Santidad, renovando mi plena adhesión personal y la de toda la Prelatura del Opus Dei a la Sede de Pedro, permitid que os ofrezca nuestra felicitación con la clásica expresión latina, que desea ser una invocación al Señor y a su Santísima Madre: *ad multos annos!* Y, tras haber agradecido una vez más de todo corazón a Vuestra Santidad, pido, para mí y para todos aquéllos que participan con gozo en la Beatificación de Josemaría Escrivá, la fortaleza de la Bendición Apostólica.

- (1) J. Escrivá, *Carta*, 31-V-1954, n. 1.
(2) *Act XX*, 28.
(3) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23.
(4) J. Escrivá, *Camino*, n. 573.



DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS PEREGRINOS

1. Agradezco vivamente la adhesión filial que, en nombre de todas las personas que abarrotan la Plaza de San Pedro y de los numerosos fieles, cooperadores y amigos del Opus Dei, ha manifestado con respecto a mí monseñor Alvaro del Portillo. A él le dirijo en particular un afectuoso saludo, que hago extensivo a los demás miembros del Episcopado y a todos los presentes.

Os inunda la alegría por la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, porque confiáis en que su elevación a los altares, como acaba de decir el Prelado del Opus Dei, proporcionará un gran bien a la Iglesia. *Yo también comparto esa confianza*, pues estoy convencido, como escribí en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, de que «todo el pueblo de Dios, y los fieles laicos en particular pueden encontrar ahora nuevos modelos de santidad y nuevos testimonios de virtudes heroicas vividas en las condiciones comunes y ordinarias de la existencia humana» (n. 17). ¿Cómo no ver en el ejemplo, en las enseñanzas y en la obra del Beato Josemaría Escrivá un testimonio eminente de heroísmo cristiano en el ejercicio de las actividades humanas comunes?

La llamada universal a la santidad y al apostolado es, como sabéis, uno de los puntos en que más insistió el magisterio del Concilio Vaticano II (cf. *Lumen gentium*, 40-42; *Apostolicam actuositatem*, 1-4).

Como otros hicieron ya antes de él, el Beato Josemaría, gracias a la luz de Dios, comprendió que esta vocación universal no sólo era una doctrina que había que enseñar y difundir especialmente entre los fieles laicos, sino también y sobre todo el núcleo mismo de un compromiso activo en su actividad pastoral. El joven sacerdote Josemaría Escrivá se consagró a trabajar con generosa correspondencia a la gracia divina en un campo sembrado de dificultades. Su fidelidad permitió al Espíritu Santo conducirlo a las cumbres de la unión personal con Dios, con la consecuencia de una fecundidad apostólica extraordinaria. En efecto, el Señor le concedió contemplar, ya durante su vida terrena, frutos alentadores de su apostolado, que Josemaría atribuía exclusivamente a la bondad divina, considerándose siempre «un instrumento inepto y sordo» y dando prueba de una humildad extraordinaria, hasta el punto de que, al final de su existencia, se veía «como un niño que balbucea».

Una nueva llamada a la santidad

2. La Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer me ofrece la ocasión para este gozoso encuentro con todos vosotros, queridos sacerdotes y laicos, que, en gran número, habéis peregrinado a Roma para participar en esa sentida manifestación de fe y de comunión eclesial.

El Romano Pontífice Juan Pablo II, antes de la audiencia del 18 de mayo de 1992, aclamado por los peregrinos que asistieron a la Beatificación.

Os inunda la alegría por la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, porque confiáis en que su elevación a los altares proporcionará un gran bien a la Iglesia.

Card. Camillo Ruini

Vicario de Su Santidad para la diócesis de Roma
 Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana
 (Basílica de San Juan de Letrán, 19-V-1992)

Santificarse en medio del mundo: el Beato Josemaría encarnó cumplidamente este ideal, enseñando, con su ejemplo, a hacerlo posible allí donde confluyen los intereses vitales de nuestra historia contemporánea, tan sensible al valor del trabajo como medio para promover la dignidad del hombre y el progreso social (...). Este mensaje —profundamente evangélico— del Beato Josemaría Escrivá se coloca, sin duda, entre aquellos que han dado un nuevo dinamismo a la misión de la Iglesia. El Pueblo de Dios, que camina hacia el tercer milenio de su peregrinaje terreno, encuentra en la enseñanza del Fundador del Opus Dei una potente fuente de luz (...).

Ante todo, me complace presentar mi deferente saludo a las dignísimas autoridades y personalidades de numerosos países de América Latina y de España que han querido participar en tan solemne acto. La figura de un Beato representa una nueva llamada a la santidad, la cual no es privilegio ni va dirigida solamente a unos pocos, sino que debe ser la meta común de todos los cristianos. En efecto, en el bautismo, por el cual venimos a ser hijos de Dios, se recibe la gracia, esa semilla de santidad que va creciendo y madurando con la ayuda de los otros sacramentos y las prácticas de piedad, y que ha de manifestarse en los frutos y testimonio de vida que el Espíritu promueve en los que le aman. Así se puede alcanzar aquella plenitud de la que habla el apóstol Pablo: «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4, 3).

Esta llamada a la santidad ha sido propuesta y repetida tantas veces por el Beato

Card. Andrzej Maria Deskur

Presidente Emérito del Pontificio Consejo
 para las Comunicaciones Sociales
 (Grutas Vaticanas, 19-V-1992)

Estamos aquí para dar gracias a Dios en nombre de la Iglesia y, de manera especial, en nombre de la Iglesia en Polonia y de todas las iglesias eslavas, donde la obra del Beato Josemaría es conocida y está extendida y donde sigue llevando a cabo esta nueva evangelización a la que estamos llamados (...). Aquí, en este lugar donde están enterrados los Papas, testigos de estos últimos años de la Iglesia que tuvieron relaciones con el Beato Escrivá, presentamos a Dios nuestro agradecimiento por su elevación a los altares y le pedimos que la Obra que empezó, el Opus Dei —Obra de Dios—, con el espíritu que ha ratificado el Santo Padre —la llamada universal a la santidad, a través del trabajo profesional— pueda desarrollarse y ser recibida con alegría por todos los fieles, como una obra confirmada por la Sede Apostólica y bendecida por Dios.

Josemaría. Aquí estáis presentes muchas personas que, en más de una ocasión, habéis oído de sus propios labios esta misma exhortación paulina; otros la habéis recibido por medio de sus escritos o por testigos directos. Ahora bien, cada uno, inmerso en las actividades concretas de su vida y profesión, puede contar con la ayuda del Espíritu Santo para recorrer ese camino hacia la perfección cristiana. Así nos lo recuerda el mismo Beato en una de sus *Conversaciones*: «los cristianos, trabajando en medio del mundo han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (n. 59).

Testimonio de vida personal, familiar y social

3. A este respecto, el Concilio Vaticano II exhorta a los cristianos a cumplir, según la propia vocación personal, «sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico» (*Gaudium et spes*, 43). Cuando se falta a esa obligación, deja de cumplirse la voluntad de Dios, que espera de cada uno la propia cooperación en la obra de la creación; pero, además, se ofende al prójimo, con el cual nos une el imperativo insoslayable de la solidaridad. Por ello, el Concilio señala que «el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado uno de los más graves errores de nuestra época» (*ib.*).

Los cristianos están llamados, particularmente en nuestros días, a colaborar en una nueva evangelización que impregne los hogares, los ambientes profesionales, los centros de cultura y trabajo, los medios de comunicación, la vida pública y privada, de aquellos valores evangélicos que son fuente de paz, de hermandad, de entendimiento y concordia entre todos los hombres. Dicho compromiso apostólico se lleva a cabo no sólo con la predicación del mensaje cristiano, sino también con el testimonio de vida a nivel personal familiar y social. Al mismo tiempo, es necesario que toda acción evangelizadora esté coordinada e integrada en los planes pastorales de las propias comunidades diocesanas que, a su vez, se ven enriquecidas por la variedad de carismas con que los Santos y Beatos han hecho fecunda la misión evangelizadora de la Iglesia universal a través de su historia milenaria.

Nuevo impulso hacia la fidelidad

4. Ahora quiero dirigir a los peregrinos de lengua francesa un cordial saludo.

Card. Joseph Ratzinger

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe
 (Basílica de los Santos Doce Apóstoles, 19-V-1992)

Tendemos a dejar la santidad a unos pocos, desconocidos, y a contentarnos con ser como somos. Josemaría Escrivá ha venido a despertarnos de esa apatía espiritual. ¡No!, la santidad no es lo extraordinario, sino lo ordinario, lo normal para cada bautizado (...). La santidad tiene mil formas, puede llevarse a cabo en cada lugar y en cada profesión; es lo corriente: consiste en vivir la vida ordinaria cara a Dios, impregnándola con el espíritu de la fe. Cumpliendo esa misión, llegó a ser un gran hombre de acción, que vivía de la voluntad de Dios y que llamaba a los hombres a amar la voluntad de Dios.



Espero que vuestra participación en la Beatificación del Fundador del Opus Dei sea para vosotros la ocasión de un nuevo impulso a fin de responder con plenitud a vuestra vocación de bautizados: vivid la voluntad de Dios cada día, en todos vuestros quehaceres de hombres y mujeres de nuestro tiempo; avanzad por el camino de la santidad, es decir, dejaos conquistar por la presencia de Cristo, el Salvador, que llama a sus discípulos a permanecer en su amor (cf. *Jn* 15, 9); tomad parte activa en la vida y en la misión de la Iglesia, en comunión con los Pastores de las diócesis y con todos vuestros hermanos y hermanas, a fin de dar testimonio de la buena nueva de la salvación en un mundo que tiene necesidad de luz y de razones de esperanza para construir una sociedad más solidaria y más digna del hombre.

Que el ejemplo y las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá os iluminen. Que su intercesión os sostenga.

De todo corazón os bendigo en nombre del Señor.

Fermento en la sociedad

5. Dirijo un cordial saludo a los peregrinos que provienen de países de habla inglesa. Esta visita a Roma, donde el Fundador del Opus Dei quiso pasar gran parte de su vida, debe fortalecer aún más vuestra fe y vuestro compromiso por la vida y misión de la Iglesia. Roma es el lugar del testimonio de los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo. Es el lugar desde el que el Sucesor de San Pedro invita a toda la Iglesia a responder a la urgente necesidad de una nueva evangelización al alba del tercer Milenio cristiano. En muchos documentos y en repetidas ocasiones he exhortado a los laicos a tomar parte decisiva en la misión de llevar la palabra de Dios a los millones y millones de hombres y mujeres

que aún no conocen a Cristo, el Redentor de la humanidad (cf. *Christifideles laici*, 35; *Redemptoris missio*, 71).

Sostenidos por el celo santo que habéis aprendido del nuevo Beato, vuestro Fundador, consagraos plenamente a la causa de la evangelización mediante vuestro testimonio fiel de la fe y la doctrina de la Iglesia en el vasto mundo de los asuntos humanos y mediante vuestra generosa participación en la misión de la Iglesia.

Como fermento en la sociedad, poned vuestros talentos a producir en la vida pública y privada en todos los niveles, proclamando con vuestras palabras y vuestras obras la verdad acerca del destino trascendente del hombre.

Siguiendo las enseñanzas de vuestro Fundador, responded con generosidad a la llamada universal a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, suscitando así un nivel de vida más humano y una sociedad terrena más justa y equitativa (cf. *Lumen gentium*, 40). Que Dios os fortalezca con abundancia para esta tarea.

S.E.R. Card. Edouard Gagnon

Presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos
 (Roma, Basílica de Santa María "sopra Minerva", 19-V-1992)

Mons. Escrivá no se ha conformado con alcanzar personalmente la identificación con Cristo: entendió que debía arrastrar a Dios a los demás (...). La presencia aquí de tantos fieles (...) es algo increíble, algo que se debe a la fe del Fundador del Opus Dei (...). Todo el secreto de la eficacia de Mons. Escrivá enraiza en este punto: supo creer en Jesús con una profundidad realmente extraordinaria (...). Esa fe, convertida en vida gracias a su trato personal con Jesús —Jesús le hablaba; en algunas circunstancias le habló también de forma visible y concreta, pero le hablaba incesantemente a través del Espíritu Santo—, le hacía ver las cosas como Jesús las ve y como las ve el Padre.

DÍAS DE ACCIÓN DE GRACIAS

23 Misas solemnes de acción de gracias, presididas por altas personalidades de la vida de la Iglesia

En las solemnidades que tuvieron lugar con motivo de la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, muchos factores contribuyeron a poner de relieve la resonancia eclesial de este acontecimiento. Especialmente significativa fue la abundante participación de representantes de la jerarquía eclesiástica: además de los 46 Cardenales y casi 300 Obispos que asistieron, el 17 de mayo, a la beatificación, un número aún mayor de miembros del episcopado mundial escribió, en los meses anteriores, a S.E.R. Mons. Alvaro del Portillo para expresar su agradecimiento a Dios ante la noticia de la decisión del Santo Padre de elevar al Fundador del Opus Dei al honor de los altares.

En los días 19 y 20 de mayo, en varias basílicas e iglesias romanas, se sucedieron 21 Misas solemnes de acción de gracias, presididas por altas personalidades de la jerarquía de la Iglesia, para diferentes grupos lingüísticos.

Peregrinos de habla castellana llenaron las Basílicas de San Pablo *extra muros* y Santa María *in Vallicella*, para participar en las cuatro concelebraciones presididas por el Card. Angelo Sodano, Secretario de Estado; el Card. Sebastiano Baggio, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana; el Card. Eduardo Martínez Somalo, Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y para Sociedades de Vida Apostólica; y el Card. Nicolás J. López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo y Presidente del CELAM.

Para grupos italianos celebraron el Card. Angelo Felici, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, en la

Card. José T. Sánchez

Prefecto de la Congregación para el Clero
(Basílica de Santa María "in Vallicella", 19-V-1992)

El Beato Josemaría Escrivá es un regalo de Dios para el mundo de hoy: la historia de la Iglesia nos muestra una inagotable y oportuna intervención del Espíritu Santo en determinados momentos, cuando envía líderes carismáticos para afrontar situaciones y necesidades especiales (...). El mundo tiene una necesidad desesperada de aquello que el Beato Escrivá ha enseñado, de aquello que ha testimoniado con su vida, de aquello por lo que ha muerto: necesita que el hombre se tome en serio su vocación a santificar el trabajo, cualquiera que sea y dondequiera se desarrolle.

Basílica de los Santos Doce Apóstoles; el Card. Camillo Ruini, Vicario de Su Santidad para la diócesis de Roma y Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, en la Basílica de San Juan de Letrán. El Card. Ugo Poletti, que iba a officiar en la Basílica de Santa María la Mayor tuvo que ser sustituido por motivos de salud por S.E.R. Mons. Juan Larrea, Arzobispo de Guayaquil, que leyó la homilía preparada para la ocasión por el Cardenal Poletti, Arcipreste de Santa María.

En la Basílica de los Doce Apóstoles presidió una concelebración, para fieles de habla alemana, el Card. Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Los grupos anglófonos se reunieron en la Basílica de Santa María la Mayor, para participar en la Misa celebrada por el Card. Edward Idris Cassidy, Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos; en la Basílica de Santa María *in Vallicella*, donde celebró el Card. José T. Sánchez, Prefecto de la Congregación del Clero; y en la Basílica de *San Andrea della Valle*, con el Card. Augustin Mayer. Los grupos de habla francesa asistieron a las Misas del Card. Edouard Gagnon, Presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos internacionales, en la Basílica de Santa María *sopra Minerva*; y a la del Card. Paul Poupard, Presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo con los no creyentes, en la Basílica de San Apolinar.

El Card. Pietro Palazzini celebró en latín, para grupos de varios países, en la Basílica de *San Andrea della Valle*; en ese mismo templo celebró, en portugués, el Card. Agnelo Rossi, Decano del Colegio Cardenalicio. En la Basílica de San Clemente lo hizo, en neerlandés, el Card. Johannes Willebrands, Presidente emérito del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. En las grutas de la Basílica vaticana, ante la tumba de San Pedro, celebró el Card. Andrzej Maria Deskur, para fieles llegados de Polonia. Los peregrinos japoneses pudieron asistir a la Misa de Mons. Peter Takaaki Hirayama, Obispo de Oita, en la Iglesia de *San Girolamo della carità*. Los coreanos, a la de Mons. Angelo Kim, Obispo de Suwón y Presidente de la Conferencia Episcopal



Coreana, en la iglesia de *San Giovanni Battista al Collatino*; los finlandeses, a la del Revmo. D. Rudolf Larenz, en Santa María *sopra Minerva*; a la iglesia de Santa Brígida acudieron los venidos de Suecia, para la Misa del Revmo. D. Johannes L. Bernaldo, Vicario Regional del Opus Dei.

Aunque razones de espacio nos obligan a recoger sólo pasajes de algunas de las homilías pronunciadas en las Misas de acción de gracias, la amplia participación de eclesiásticos en estas ceremonias manifiesta la proyección universal alcanzada por la figura y el mensaje del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, las esperanzas que la Iglesia pone en su intercesión y en su ejemplo de santidad, para iluminar el mundo con la luz del Evangelio, en el umbral del Tercer Milenio.

En Roma, las ceremonias litúrgicas relacionadas con la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer se concluyeron el día 21 de mayo. Con la autorización de la Congregación para las Causas de los Santos, el día 14 se había efectuado, de forma privada, el traslado del féretro con sus restos mortales desde la Cripta de la Iglesia Prelaticia de la Prelatura del Opus Dei —donde se encontraba desde el momento de la sepultura— a la Basílica de San Eugenio. El número de los peregrinos exigía disponer de un lugar suficientemente amplio para permitir, a todos los que lo deseaban, venerar las reliquias del cuerpo del Fundador del Opus Dei.

Desde el día 14, la Basílica de San Eugenio estuvo, a todas horas, llena de fieles que acudían a rezar ante la urna, cubierta por un paño rojo. La extensión de la devoción privada al Fundador del Opus Dei es un hecho universal. El Decreto Pon-

El Prelado del Opus Dei, con un grupo de obispos y sacerdotes, durante la solemne concelebración de acción de gracias, en la Basílica de San Eugenio, el 21 de mayo de 1992.

Card. Nicolás J. López Rodríguez

Arzobispo de Santo Domingo
Presidente del CELAM

(Basílica de San Pablo "extra muros", 19-V-1992)

Al proclamar el ejemplo de su vida, de su ardor apostólico y —diría yo— de la santa osadía con que ha sabido responder al mandato divino de enseñar a todas las gentes la doctrina salvadora de Nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia nos impulsa a lanzarnos con generosidad "mar adentro" (Luc 5, 4), para llevar el Evangelio a todas las almas. Y nos ofrece, en las enseñanzas del Beato Josemaría, un medio providencialmente actual para las circunstancias de nuestra vida.

S.E.R. Card. Angelo Felici

Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos
(Roma, Basílica de los Santos Doce Apóstoles, 20-V-1992)

Toda la vida de Josemaría Escrivá estuvo orientada por el afán de exaltar en la tierra a Jesucristo y de glorificar, con El, a Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo. (...) Su predicación era una invitación ardiente, dirigida a todos los cristianos, para que abriesen de par en par las puertas de su propia alma al Señor, para que supiesen comprender y aceptar el sentido vocacional de su existencia cristiana, para que colaborasen en la misión evangelizadora universal de la Iglesia (...). Gracias a su ejemplo y a su impulso, innumerables personas han entregado su vida a Cristo y han seguido su vocación en la Iglesia.

19-21 de Mayo



Procesión en la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz, donde reposan los restos del Beato Josemaría Escrivá, el 21 de mayo de 1992.

tificio sobre la heroicidad de sus virtudes la define como «un verdadero fenómeno de piedad popular» que se hizo especialmente evidente con ocasión de la Beatificación: personas de todas las edades, de los países y condiciones sociales más diversos, se agolpaban, con orden y silenciosamente, para agradecer los favores obtenidos por su intercesión, y para pedir su ayuda en las necesidades espirituales y materiales que

siempre acompañan la vida de los hombres.

El día 17, después de la Beatificación, la urna fue descubierta: a través de un cristal, se podía ver el féretro. Centenares de Misas, celebradas por los sacerdotes que habían venido de todo el mundo, se sucedieron ininterrumpidamente. Fuera de la Basílica se formaron colas de más de un kilómetro: más que para visitar monumentos, tan abundantes en Roma, la gente quería venerar los restos mortales del nuevo Beato. Ninguna crónica podrá reflejar la fe que ha empujado a tantos miles de personas a afrontar sacrificios, muchas veces muy grandes, para estar en la Ciudad Eterna en esos días de mayo. Una realidad íntima, traducida en horas de intensa oración, que sólo Dios conoce. Y entre la Trinidad Santísima y esas almas se quedarán las decisiones de conversión, de entrega, de coherencia cristiana, de mayor generosidad en la lucha y de afán apostólico, que brotaron en los corazones de quienes rezaban ante las reliquias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

Card. Augustin Mayer

ex Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (Basílica de "San Andrea della Valle", 20-V-1992)

Como antiguo Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, deseo llamar la atención sobre el gran amor del Beato Josemaría a la liturgia (...). Con su honda piedad y su obediencia fiel a las prescripciones de la Iglesia, el Beato Josemaría Escrivá ha aportado una importante contribución a la correcta aplicación de la renovación litúrgica querida por el Concilio Vaticano II.

Card. Edward Idris Cassidy

Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (Basílica de Santa María la Mayor, 19-V-1992)

Es lógico que este mundo des cristianizado reaccione negativamente, y hasta duramente, a la idea de que los hombres y las mujeres cristianas deben procurar "meter a Cristo en las entrañas de las actividades terrenas", que deben procurar santificarse a sí mismos y a los demás con el testimonio de su vida ordinaria. No nos debe sorprender esta oposición; tenemos que intentar superarla con el gran remedio que el Evangelio sugiere ante cualquier contradicción: el amor. (...). El nuevo Beato sabía que la salvación ha venido al mundo a través de la Cruz y nunca dejó de abrazar la Cruz.

El día 21 de mayo, por la mañana, Mons. Alvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, presidió en San Eugenio una Misa de acción de gracias, concelebrada por otros 18 Obispos y 22 sacerdotes de la Prelatura. Por la tarde, el Vicario General del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, presidió otra solemne concelebración. Al final, el féretro se trasladó, en procesión pública, a la Iglesia Prelaticia, en Viale Bruno Buozzi 75, donde —conforme a la antigua tradición cristiana— se ha colocado en una urna debajo del altar: símbolo de su identificación con Cristo.

Card. Paul Poupard

Presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo con los no creyentes (Basílica de San Apolinar, 20-V-1992)

Aquí encontramos una síntesis del núcleo central del mensaje espiritual confiado por el Señor al Fundador del Opus Dei: alcanzar la contemplación de Dios en todas las realidades de la vida ordinaria. Construir —para utilizar otra expresión que él mismo forjó— esa *unidad de vida* que nos permite tratar a Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— en todos los momentos del día y de la noche, y de elevar todo a la gloria de Dios, por medio de Cristo, con El y en El: en unión con el Sacrificio de Jesús en el Calvario, porque la Misa es el *centro* y la *raíz* de la vida cristiana, según otra expresión del Beato Josemaría que ha sido recogida en las enseñanzas conciliares del Vaticano II.

S.E.R. Mons. Peter Takaaki Hirayama

Obispo de Oita, Japón (Iglesia de "San Girolamo della Carità", 19-V-1992)

El deseo del Beato Josemaría era que los fieles laicos, sin cambiar de estado, y cada uno en el lugar que ocupa en el mundo, buscaran la santidad. Esto a nosotros, los católicos del Japón, nos trae una gran luz. La primera asamblea de nuestra Junta Nacional de Evangelización tuvo lugar en Kioto hace cinco años. Nos preguntábamos entonces cómo se podría corregir la separación que existe de hecho entre la fe y la vida diaria de tantos católicos (...) ¿Qué respuesta podemos dar a esta pregunta? Me impresionó profundamente lo que leí en las obras de Mons. Escrivá: que cada uno de nosotros, en el puesto que ocupa, en su misión dentro de la sociedad, a través de su trabajo hecho con sinceridad, siendo levadura entre los hombres, nos santificamos y santificamos a otros, y servimos a la Iglesia.

Card. Agnelo Rossi

Decano del Sacro Colegio Cardenalicio (Basílica de "San Andrea della Valle", 20-V-1992)

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer fue el apóstol de nuestro siglo (...) y fundó el Opus Dei, que se ha difundido prodigiosamente por todo el mundo, dando a la Iglesia fieles devotos y santos en las profesiones más variadas, proyectando la santidad en todos los estados de vida.

Card. Pietro Palazzini

ex Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (Basílica de "San Andrea della Valle", 19-V-1992)

El Señor llamó al Beato Josemaría Escrivá a fundar el Opus Dei, esto es, a cumplir en la tierra una misión que comportaba remover un cúmulo de obstáculos "imposibles" (...). Y aquel joven sacerdote, que no tenía más que 26 años, gracia de Dios y buen humor, correspondió heroicamente a esta misión que, a los ojos humanos, podía parecer insensata, llena de dificultades insuperables. Y, porque supo responder heroicamente a la gracia, el Señor lo ha glorificado: ya que, durante 47 años ha sido un Fundador a la altura del Corazón de Cristo, un realizador de tareas imposibles, un *opus Dei* personal y ejemplar, que hizo posible el Opus Dei como institución en la Iglesia.

ORACION

Oh Dios, que concediste al Beato Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor; dignate otorgar la canonización del Beato Josemaría, y concédeme por su intercesión el favor que te pido... (pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría, Gloria.

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España) el 9 de enero de 1902. Fue ordenado sacerdote en Zaragoza el 28 de marzo de 1925.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, fundó por inspiración divina el Opus Dei, que ha abierto a los fieles un nuevo camino de santificación en medio del mundo, a través del ejercicio del trabajo profesional ordinario y en el cumplimiento de los propios deberes personales, familiares y sociales, siendo así fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, el Beato Josemaría Escrivá entendió, con la gracia de Dios, que el Opus Dei debía desarrollar su apostolado también entre las mujeres; y el 14 de febrero de 1943 fundó la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, inseparablemente unida al Opus Dei. El Opus Dei fue aprobado definitivamente por la Santa Sede el 16 de junio de 1950; y el 28 de noviembre de 1982 fue erigido como Prelatura personal, que era la forma jurídica deseada y prevista por el Beato Josemaría Escrivá.

Con oración y penitencia constantes, con el ejercicio heroico de todas las virtudes, con amorosa dedicación e infatigable solicitud por todas las almas, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, impulsó y guió la expansión del Opus Dei por todo el mundo. Cuando rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades, al servicio de la Iglesia con el mismo espíritu de plena unión y veneración al Papa y a los Obispos, que vivió siempre el Beato Josemaría Escrivá.

La Santa Misa era la raíz y el centro de su vida interior. El hondo sentido de su filiación divina, mantenido en una continua presencia de Dios Uno y Trino, le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y alegría por todos los caminos de la tierra.

Había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo.

Su cuerpo reposa en la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz —viale Bruno Buozzi 75, Roma—, continuamente acompañado por la oración y por el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del Fundador del Opus Dei. Su causa de canonización fue introducida en Roma el 19 de febrero de 1981. El Santo Padre Juan Pablo II declaró el 9 de abril de 1990 la heroicidad de sus virtudes cristianas y, el 6 de julio de 1991, decretó el carácter milagroso de una curación atribuida a su intercesión. El Fundador del Opus Dei ha sido beatificado por S.S. Juan Pablo II en Roma, el 17 de mayo de 1992.

Se ruega a quienes obtengan gracias, por la intercesión del Beato Josemaría Escrivá, que las comuniquen a la Vicepostulación del Opus Dei en Colombia (Carrera 7 # 34-90, Apartado aéreo # 51231, Santa Fe de Bogotá, D. C.)